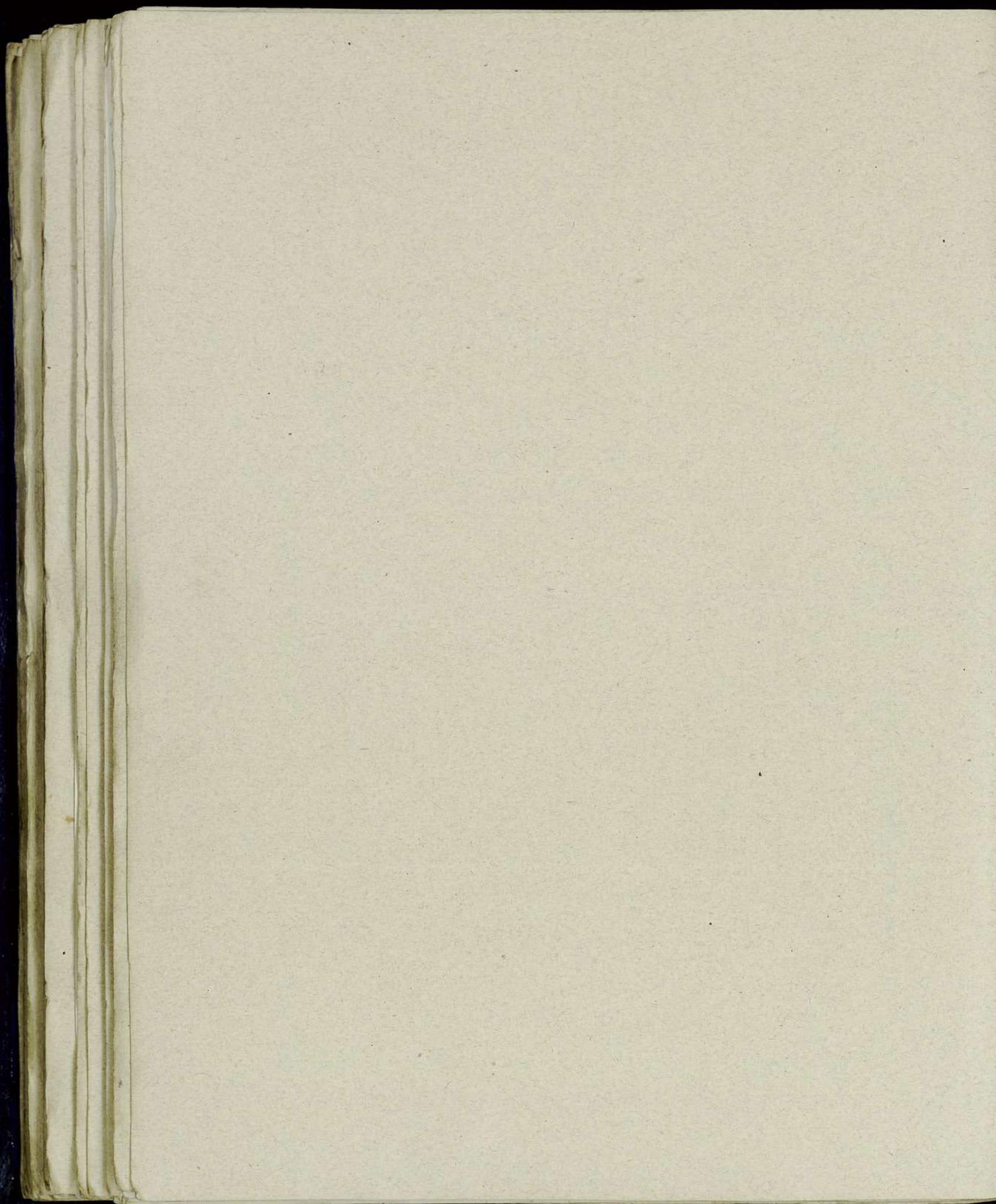


# LUNA





# LUNA

AÑO II

NOCHE DEL 14 AL 15 ENERO DE 1940

NUM 8

## Sumario

VISITA DE LOS POETAS, por PABLO DE LA FUENTE  
 DECADENCIA DEL TEATRO, por EDMUNDO BARBERO  
 DIECIOCHO DE JUNIO, por ANTONIO APARICIO  
 UN HIJO (CUENTO), por AURELIO ROMEO  
 UNA NOVELA ESCRITA EN EL REFUGIO, por  
 ANTONIO DE LEZAMA

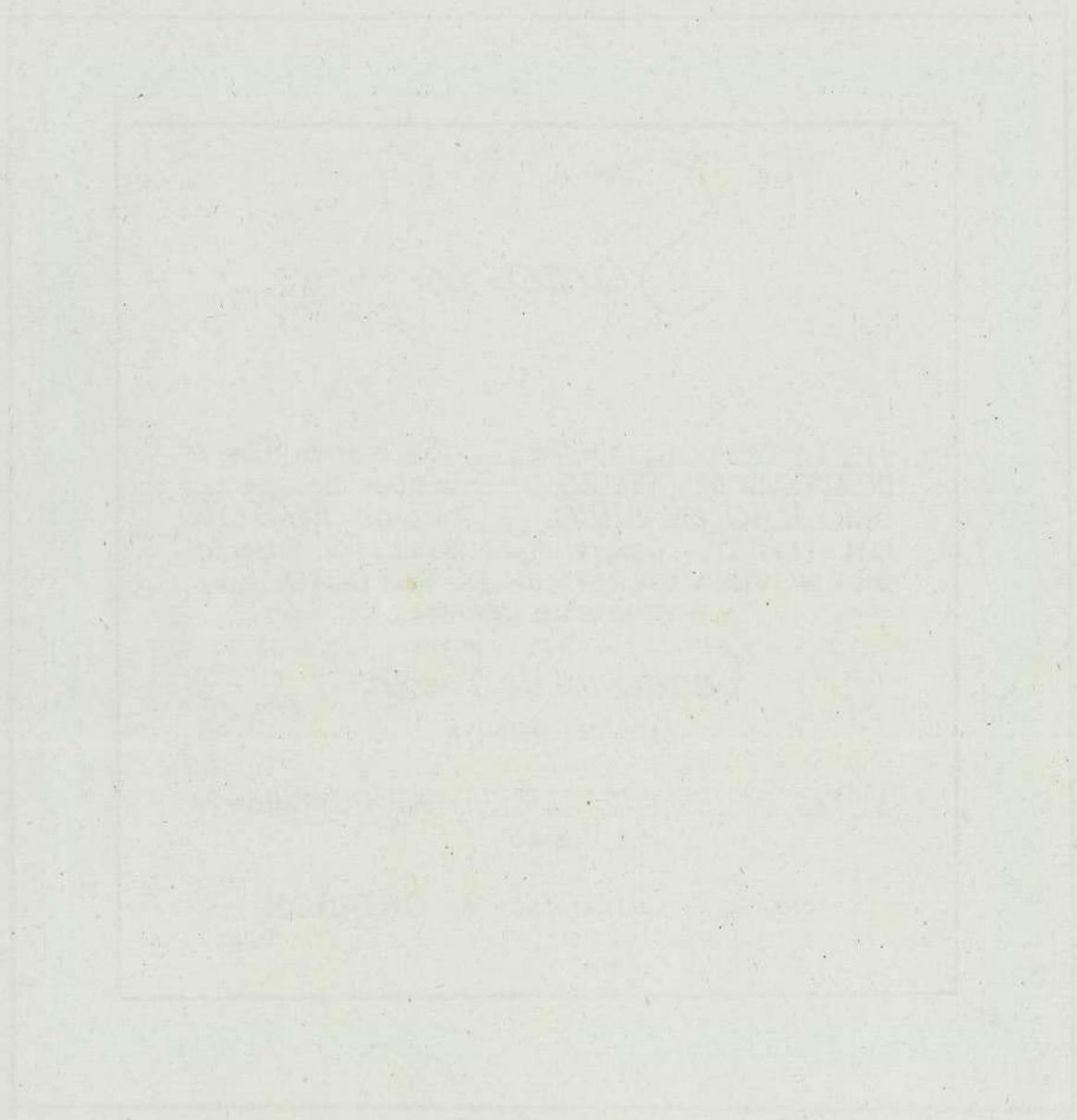
*Cuaderno de Poesía*  
 LUIS CERNUDA

NOTAS DE LECTURA, por J. Campos, S. Ontañón y  
 J. Romeo

PORTADA E ILUSTRACIONES DE ONTAÑÓN

AMULI

AND THE BOOK OF THE HISTORY OF THE



RECUERDO DE GUERRA

*Visita de los poetas*

**D**ESPUES de los primeros días de noviembre, cuando volvimos de la Casa de Campo y antes de que se nos encargase de algunos puestos en el sector del Puente de los Franceses y el servicio de las máquinas blindadas que cerraban la vía en vanguardia, hubo bastantes vacilaciones para organizar la vida de cuartel dentro del edificio de la estación.

Apresuradamente se trasladaron todos los muebles de la parte fronterera a la Casa de Campo a lugares mas resguardados y se colocaron sacos de arena en la mayoría de las ventanas. Se abrió comunicación todo a lo largo de una serie de despachos y se tomaron otras medidas de defensa. Suponíase que si los fascistas salían de la Casa de Campo el primer objetivo sería la toma de la estación y entonces debíamos responderles con una lluvia de fuego desde todos los huecos del edificio. La precipitación y la ingenuidad hicieron que se olvidasen la artillería y la aviación y que se distribuyesen los puestos de defensa individualmente, como si un hombre y un fusil detrás de una protección de arena fuesen bastante obstaculo para detener a un enemigo bien pertrechado y dirigido por tecnicos militares.

Las disposiciones de nuestros improvisados mandos duraron poco. El día once Paco Galán llegó allí y montó su puesto de mando del sector en uno de los despachos de la planta baja. Conociendo como estaba la situación en la Casa de Campo dirigió nuestro entusiasmo fuera del edificio y nos señaló como puntos mas graves el camino abierto por las propias viseras allá del Puente de los Franceses. De nada servia

estar oteando la arboleda de la antigua posesión real si por la explanación de las vías se adentraban hasta San Antonio de la Florida, y derramándose por Rosales, el Parque y la Montaña, llegaban hasta las calles dejándonos a su espalda con la única posible actividad bélica de una huida por el tunel del Metro. Desde entonces el edificio perdió todo interés.

La noche de aquel mismo día vinieron algunos mandos del Quinto Regimiento y celebraron una conferencia con los nuestros y los del sector. Se encontró improcedente hasta el lugar en que habíamos hecho el acuartelamiento. Recorrido el edificio hallose el que mas tarde había de servirnos.

Poco tardó la aviación en hacernos comprender su fuerza y la torpe elección de alojamiento que habíamos hecho. El día doce nos bombardeó haciendonos dos muertos y varios heridos, destruyendo una parte del edificio, la inmediata a donde reposaba una de nuestras secciones que consiguió salvarse de todo el escombros y mobiliario que les cayó encima sin otras consecuencias que el susto y los inevitables golpes.

A mi me cogió este bombardeo tan próximo al lugar de la explosión que otro que estaba conmigo fue una de las victimas y yo quedé intoxicado con el azufre, envuelto en una nube negra y oyendo reclamar auxilio a otros dos camaradas.

Aquella misma noche nos trasladamos al nuevo lugar. Estaba situado bajo un torreón del nuevo edificio y por la parte del patio resultaba subterráneo, aunque del lado del andén era una segunda planta. Pero como el sitio que ocupábamos estaba separado del exterior por dos departamentos en los que se acumulaban una gran cantidad de cachivaches, podíamos suponer fueran suficiente defensa contra algun proyectil indiscreto. Durante el tiempo que estuvimos allí no hubo motivo para pensar en que la elección de cuartel estuviese mal hecha.

Y allí, poco a poco, se organizó nuestra vida. Fuimos sintiendo la necesidad de hacerla mas confortable y ayudados por la artillería que se empeñó en destruir algunos edificios, nos sentimos con el deseo de rescatar los mejores muebles e instalar un club. La estantería de un archivo fue cubierta de cortinajes de damasco. Alrededor se distribuyeron varios grupos de sillones y mesitas y aparecieron los tableros de ajedrez y una magnífica radio-gramola que manteníamos constantemente encendida.

Se normalizó la vida. Un día de descanso, uno de re-

tén y uno de guardia. Esto era nuestro calendario de guerra. El día de descanso escapábamos por el Metro hacia Madrid y despues de unas horas en algun café u otro lugar de esparcimiento, regresabamos al cuartel. ¿que hacer allí? Surgió así la necesidad del cine, de las charlas, del mural, de la biblioteca, de los discos... Y tuvimos de todo.

Recordábamos a Alberti y a Maria Teresa. Ellos, habituales de nuestra casa de Mendizabal 10, nos faltaban ahora que teníamos un nuevo hogar. Comandantes honorarios de nuestras milicias, debían conocer nuestro emplazamiento militar, Presentes el día de nuestra primera salida a la Casa de Campo tenían el deber de conocer la marcha de nuestra vida.

Fui una tarde a la Alianza. Era uno de los fríos días de aquel diciembre heroico. Desde la temporada de Paris había perdido el contacto con ellos. No nos habíamos visto mas de dos o tres veces en todo aquel año.

Los encontré en un cuarto del sótano formando una pequeña tertulia con algunos amigos entre los que solo conocía a Petere.

-¿Como van las mil cuatrocientas?, me preguntó éste recordandome así su erudicion en locomotoras que me había demostrado tantas veces en la terraza de Marques de Urquijo.

Maria Teresa, envuelta en sus pieles y con "Niebla" en brazos, se entusiasmó con la idea de bajar a la estación y hablar en nuestro club. Pero había que hacer algo mejor y pronto quedó perfilado: Irían todos los poetas presentes aquellos días en Madrid. Cada uno leería un romance propio y María Teresa ligaría los recitados con unas palabras de presentación de autor y obra.

Volví enseguida al coche. Como esperaba habían respondido magnificamente.

-Yo iré con el uniforme que me regalaron los ferroviarios rusos, prometió Rafael.

-Y yo llevaré la insignia de comandante vuestro, añadió Maria Teresa.

Pensaba en ello dentro del pequeño Ford que atravesaba la desierta Gran Via. La noche iba echando sus velos azules sobre las casas ateridas y medrosas. Fue una mañana de agosto. Recien llegados de la Ibiza liberada, habían estado con nosotros en la estación. Nos habíamos abrazado con lágrimas ante nuestro escuadrón

formado, que desfilaría inmediatamente ante ellos ya luciendo la insignia. Recuerdos de días mas optimistas.

-Volveremos otro día -me habían dicho- Ahora nos vamos al frente andaluz para ver la toma de Córdoba.

No volvieron hasta la grave tarde del cinco de noviembre, cuando una formación mas nutrida nos llevaba a todos a cerrar el paso al enemigo unos cuantos metros mas allá.

La plaza de España abría su misterio oscuro entres gruesos parapetos. El chofer empezó a guiñar la luz. Era inevitable.

-No hagas eso. No seas cabezota.

-Es para que no nos vean y no tiren.

-Así no haras mas que llamar la atención. O apaga o enciende. ¿Que mas da?

Encendió, como siempre, despues de esas obligatorias frases y, como siempre tambien, se lanzó cuesta abajo con velocidad de miedo, hasta que el patio de la estación nos escondió con los brazos de sus dos torreones.

-Ya esta, -dije a mis jefes- dentro de dos días vienen todos los poetas.

No faltó alguna sonrisa irónica. Pero no consiguió nadie arrebatarme la satisfacción de haber preparado aquel acto.

Llegó el día. Les enviamos nuestros coches y llegaron allí, Aparicio, Hernandez, Prados, Aleixandre, Petere, Ruanova y los Alberti. Vestían del modo mas diverso, la mayoría con pellizas de uniforme. Nuestras milicianas -teníamos siete- fueron las mas activas en repartirse a los mas jovenes y enseñarles las diferentes secciones. Y enseguida estuvimos todos reunidos en el club.

-Hay que avisar al teniente coronel Romero.

Bajó un enlace al coche del tunel.

Subieron enseguida el teniente coronel Romero con su comisario, nuestro compañero de refugio de hoy, el comandante y comisario Lezama, con su jefe de división Melero, el comandante Otero y los respectivos ayudantes.

Se realizó todo como se había previsto. Cada poeta se colocaba en el centro de la sala y recitaba un romance de heroísmo y juventud. Y entremedias Maria Teresa nos decía quien era él y como participaba en la lucha.

No se lo que les habrá quedado en el recuerdo. Pero frente a ellos estaban unos trescientos hombres que ha-

bían abandonado su profesión, sus herramientas de trabajo, y desde un día de fines de octubre se habían comprometido a cerrar con su vida el paso a los enemigos de clase y de ideología, a los enemigos de la nueva España republicana. Eran varias edades, familias recién hechas y otras que nunca pensaron ver rota su estabilidad conseguida por los años. Hombres de vida ajustada a los horarios de los trenes y esclavos de las sirenas de los talleres. Cargadores de los muelles y pequeños empleados de oficina. ¿Algo común? Aparte de la Empresa que quedó atrás, en aquellos días, la idea, la sola idea, y el tesón rígido puesto en su defensa.

Estos hombres os escuchaban, poetas amigos, oían vuestros cantos y les llegaban vuestras palabras mas que por el sonido de vuestra pronunciacion, por la onda comun de sentimientos. Así se lanzaron despues sobre vosotros y mientras unos se disputaban vuestra charla, otros guardaban un silencio admirativo, en segunda fila, y pasaron despues muchas horas leyendo los originales que Miguel Hernandez y Aparicio dejaron prendidos en el periodico mural.

Lo peor fue que algunos sintieron estímulo y padecimos durante algun tiempo una ola de romancistas a la que había que huir.

Puedo cerrar aquí el recuerdo. Esta demasiado próximo para sacarle otros valores que los de una sencilla evocación de los hechos. Pero ya, desde ahora, a la luz de lo que ha sido de nosotros y de todo aquello, empieza a verse en la distancia. Cayeron algunos de los de entonces. De otros no se nada y temo por ellos. Se que la vida de quienes la conserven aun estará en el fondo amargo de esta ola de miseria que se ha derramado por España. Pero tengo la seguridad de que allí donde la persecución los haya arrojado, habrá una energía moviendose, un contacto agrupandola, una accion gestándose. Y me duele no participar en esas tareas, ser uno mas de ellos, como durante tantos años lo fui recibiendo siempre miradas de confianza que obligaban mas que todas las decisiones.

!Aquella noche de niebla cerrada y alegría en el alma!. ¿Recuerdas tu, Antonio Aparicio, entonces casi desconocido para mi y hoy camarada de días dramáticos, como celebrabamos vuestra visita cantando todas esas canciones de la defensa de Madrid?. Era en

un rincón de nuestro comedor, allí, en la estación vacía de trajines viajeros. Bebimos unas copas. Salimos despues para acompañaros, rompiendo el algodón plomizo que nos rodeaba por todas partes. Wis- teis a la Alianza, despues a vuestros puestos.

Nosotros regresamos a la monotonía nueva de la guerra y sonaban los pasos de todos los días y el horario de siempre. Pero con el eco de aquella visita vuestra animando nuestras horas y haciendo comprender a muchos que todo lo que hacían tan sencillamente, tan modestamente, tenían un marco tan amplio que nunca lo podrían abarcar.

Pablo DE LA FUENTE

# DECADENCIA DEL TEATRO

**E**N mi artículo sobre Bonafé y el teatro cómico, aludía de pasada a la decadencia del teatro español. Como este tema merece un artículo trataremos de estudiarlo en éste.

Para nosotros la decadencia del teatro español arranca del año 1917 cuando el teatro de la Comedia de Madrid se dedica de lleno al "astracán", y los autores de este género con el espaldarazo recibido, invaden los demás escenarios, llegando incluso al Teatro Español. No es que antes de esta fecha, no hayan incurrido en responsabilidad autores, actores y empresarios. Es que el hecho del teatro de la Comedia es tan monstruoso que a su lado palidecen todos los anteriores.

En mi artículo anterior describía de una manera rápida el repertorio y los principales intérpretes de los teatros de Madrid en el último tercio del siglo XIX y principios del actual.

En la lista de teatros no incluía el de la Princesa. En mi crónica sobre María Guerrero hablaba de él, desde que la ilustre actriz lo adquirió en propiedad es decir, desde 1908. Antes de esa fecha este teatro estuvo dirigido por la gran actriz María Tubau y su marido Ceferino Palencia. Su repertorio era francés en su mayoría, y como era natural en aquella época, todo el de Sarah Bernhardt. Creaciones de la Tubau fueron "La dama de las camelias", "La corte de Napoleón" ("Madame sans-gêne"), "Divorciémonos", "Fedora", "Celosa", "La duquesa de Lavalliere", etc.

Los empresarios en aquella época, eran o los mismos actores que sufrían con gusto dificultades económicas, con tal de no prostituir el teatro de su explotación; o verdaderos señores que exponían su dinero sacrificando sin ningún pesar sus negocios o ac-

tividades por tener la satisfacción de realizar una obra artística, en la que ponían toda su vanidad y lo mejor de su espíritu.

En el teatro de la Comedia, despues de la figura prócer de Emilio Mario, figuró como empresario del mismo, Berriatúa, un hombre lleno de entusiasmo, de vitalidad, de optimismo. Este hombre -el empresario tipo- construyó el Gran Teatro Lírico que estaba situado en lo que ahora es el Liceo Francés, con la patriótica idea de crear la ópera española y hacer de su teatro el templo del arte lírico español. Al inaugurarse, la sala resultó ser soberbia por sus riquezas y una maravilla su escenario, dónde se representaban las obras con verdadera fastuosidad. Yo recuerdo haber oido contar, como en la ópera "Raimundo Lulio" salía el protagonista sobre un caballo al galope desde el fondo hasta la misma batería.

Estos negocios desproporcionados para el medio económicos de entonces, hicieron declararse en quiebra al señor Berriatúa y con el Gran Teatro perdió tambien el de la Comedia. El rumor de la calle aseguraba -y como tal rumor lo recojo en estas líneas- que Berriatúa no quería desprenderse del teatro de la calle del Príncipe que era un magnifico negocio por su crédito de muchos años y por su céntrica situación. Con sus ingresos y otros negocios nuevos que tenía en proyecto, pensaba ir pagando a sus acreedores. Eligió como testaferro a Tirso Escudero empleado suyo por entonces en la contaduría del teatro, poniendo el de la Comedia a su nombre. El empleado de contaduría, en agradecimiento, aquel mismo día ya impidió la entrada al local a su antiguo empresario quedándose con un negocio que oficialmente era suyo.

En el teatro Lara, su propietario, don Cándido Lara, hombre rudo del que se cuentan muchas anécdotas cómicas producto de su incultura, sacrificaba el tiempo para sus negocios que le habían hecho multimillonario porque el teatro de su nombre tuviera rango y crédito artístico, porque ésto, con su buen sentido, creía que le daba cierta categoría social que no le habían proporcionado sus negocios. Este teatro, tenía como director artístico a Francisco Flores García periodista y autor cómico notable, que supo mantener el teatro de su dirección a tal altura, que puede considerarse como modelo, por la calidad de las obras estrenadas y por su interpretación. Poco antes de morir don Cándido, llevó a su teatro, como socio industrial, a Eduardo Yañez, que continuó en su puesto a la muerte de a-

quel, con Milagros Lara, hija de don Cándido, como empresario capitalista.

Aunque la trayectoria del escenario del Lara haya sido menos escandalosa que la del de la Comedia, no por éso ha causado menos daño. Rara era la temporada que no se estrenaba alguna comedia de Muñoz Seca o de algun autor insolvente, al que el Sr. Yañez exigía firmar a medias la obra para cobrar la propiedad literaria, estafando de esta manera al autor y a su socio capitalista. Además de ésto, durante muchos años, su teatro tuvo "fin de fiesta", el cual, tan pronto estaba a cargo de una estrella de la categoría de Raquel Meller o de una desconocida como la Totó.

Este ejemplo de Madrid, como es lógico suponer tuvo su imitación en provincias, donde los empresarios, hombres cultivados, con sensibilidad y sobre todo con dinero, fueron suplantados por empleadillos de contaduría o por individuos tan osados como insolventes, sin preparación y de una ordinariez tan supina que con sus frases e incidentes se podrían llenar varios volúmenes.

Lo que asombra, es que el teatro que tanta influencia tiene en la cultura de un país, no tenga una ley para regirse y que los Fraga y los "Vedrine" puedan ser empresarios.

Las compañías de "tourné" antes del año 1917 estaban dirigidas por Miguel Cepillo, Thuiller, Maria Guerrero, Fuentes, la Tubau, la Cobeña, Morano, Tallaví, Nieves Suarez-Pepe Santiago, Larra-Balaguer, entre las mas destacadas, y en su repertorio, además de los estrenos, como cosa corriente, el público podía ver "La fierecilla domada", "Hamlet", "Otelo", "El mercader de Venecia", "Las preciosas ridículas", "La moza de cántaro", "Las mocedades del Cid", "Sancho Ortiz de las Roelas", "El vergonzoso en Palacio", "El desdén con el desdén", "La dama boba", "La vida es sueño", "Reinar despues de morir", "El castigo sin venganza", "La comedia nueva o El café", "El sí de las niñas", "Don Alvaro o la fuerza del sino", "Espectros", "Magda", "La dama de las camelias" el teatro de Caldós, el de Benavente, y todo el teatro francés de alguna importancia. Estas compañías han sido substituidas por las de Lola Membrives, Irene Lopez Heredia, Carmen Díaz, Pepita Díaz Artigas, Anita Adamuz, Ladrón de Guevara-Rivelles y Martí-Pierrá cuyo trabajo ne necesita analizarse porque en la memoria de todos está. Es de justicia hacer dos excepciones que por desgracia no han tenido imitadores, Gregorio

Martínez Sierra - Catalina Bárcena, y Ernesto Vilches.

Muchas veces se ha culpado al público, injustamente, de la decadencia del teatro. Es de justicia romper una lanza en su defensa. El público, al principio, rechazó el "astrakan" en teatros serios. Su impresión ante este nuevo género, era la de que se reían de él. Solo lo aceptó cuando los encargados de guiarle se lo impusieron, sustituyendo con él al buen teatro.

Después contribuyó a su auge la inmoralidad que trajeron los sucios y fabulosos negocios de la gran guerra. La sustitución de las primeras capas de la alta burguesía de entonces, culta y de sensibilidad acusada, por otras zafias, incultas, enriquecidas de pronto. La asimilación de costumbres, pasajeras en otros países, como consecuencia de la guerra y que aquí afincaron a perpetuidad.

Pero sobre todas, la causa que más ha influido en la decadencia del teatro ha sido la industrialización del mismo. El nuevo empresario ha confundido el teatro con un comercio, según frase feliz de García Lorca. El empresario de ahora no siente su responsabilidad artística y patriótica y estrena lo que cree que va a producirle dinero, sin que le importe el resultado. Así vemos que en el mismo teatro y en la misma temporada actúan una compañía de comedias blancas y otra de revistas pornográficas. Autores y empresarios, sin ningún pudor eligen a un "cantao" flamenco de colmado le forman una Compañía y pergeñan unas comedias, en la que esta clase de tipos sean los protagonistas, Comedias en las que a fuerza de malabarismos consigue el autor que los demás hablen por el protagonista. No hay sentido de los valores ni respeto para las categorías.

El triste resultado de todo esto es lo pobre de nuestra escena actual. Nuestro teatro que paseaba por América como gran señor hoy día ha quedado relegado a último lugar. En los teatros de Buenos Aires, de última categoría, es donde trabajan las compañías españolas.

Edmundo BARBERO



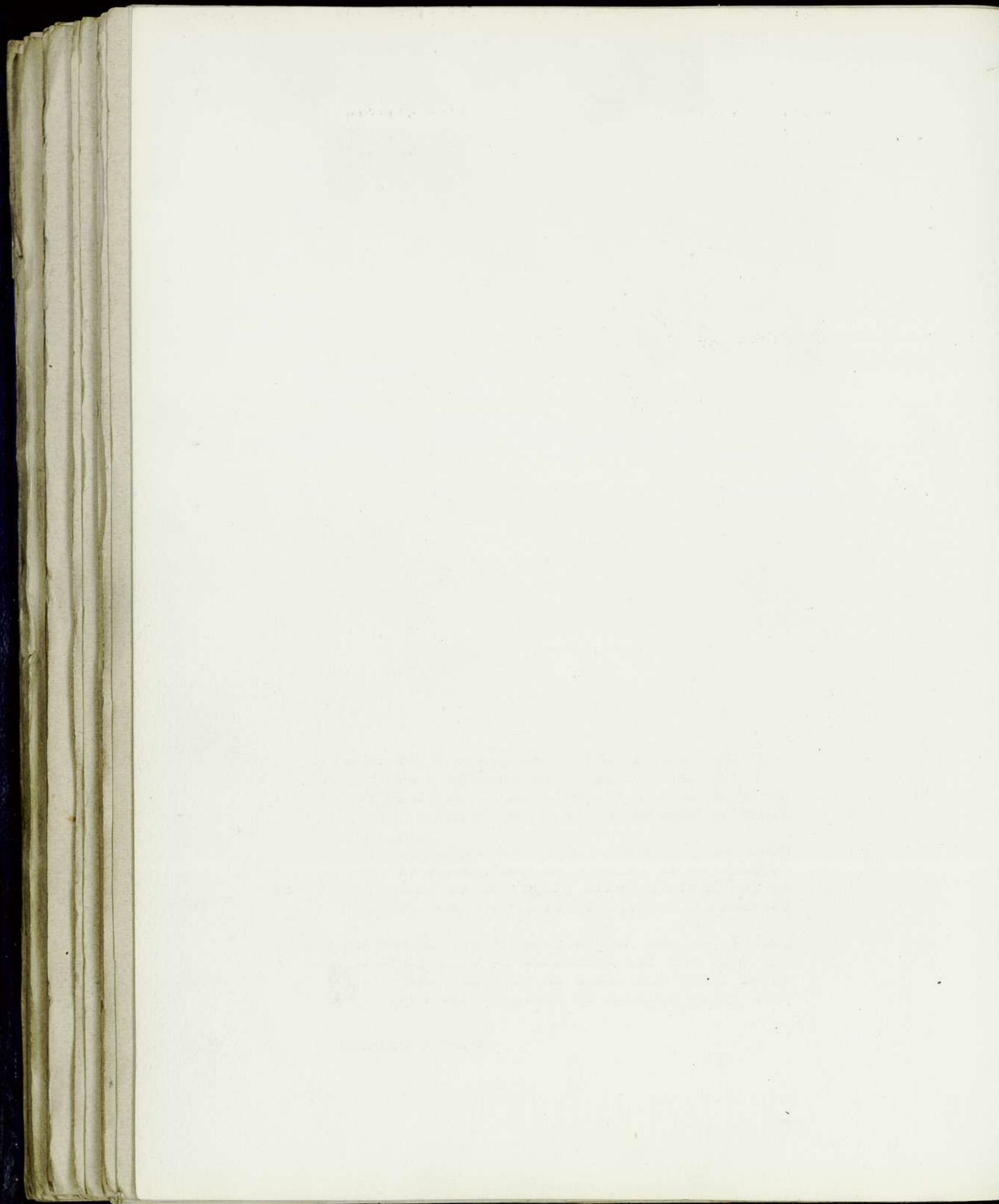
(DIECIOCHO DE JUNIO)

MUDA, sin un adiós, se alejó de mi lado  
 en una madrugada de ensueño y de tristeza  
 hacia un mar de tragedia, hacia un cielo ensangrado  
 donde la muerte era la única belleza.

Como una primavera que al fin desaparece  
 dejando en la memoria un perfume de flores,  
 se fué hacia aquella playa que la guerra estremece  
 llevándose consigo la flor de mis amores.

Que el mar que hoy te besa no sea un mar de olvido  
 que otra vez las estrellas te vean junto a mi vera  
 es el único don que a la vida le pido  
 para gozar contigo la nueva primavera...

Antonio APARICIO



# Un hijo

(CUENTO)

CON los ojos clavados en el bulto que oscilaba siguiendo los movimientos del mulo al andar, Román caminaba ajeno a todo lo que sucediese en torno suyo. Envuelto en la mejor manta de su ajuar, la de los grandes cuadros, la que siempre había llamado la atención del pequeño Manuel que gustaba de arroparse con ella, iba el cuerpecillo del niño en busca del camposanto donde había de reposar. Román recordaba la escena cuando llegó desalentado a la aldea llevando en sus brazos a Manuel, destrozado, después de la caída desde el Risco de las Gabras. A grandes voces había llamado a Anunciación. Acudieron las vecinas, salió un propio para avisar al médico, pero todo fué en vano. Manuel estaba muerto. Ni una queja, ni una palabra había salido de sus labios desde que dejaron escapar aquél terrible grito al sentirse en el vacío. Ahora Román lloraba. Sintió una mano pesada que le golpeaba consoladora en el hombro. Pero nada podía consolarle. No podía encontrar alivio para su pena porque no era de pena por lo que las lágrimas salían de sus ojos.

-Si no hubiera sido la mano de Dios la que se lo ha llevado, sería talmente un crimen- dijo alguno de los acompañantes.

-Sí, talmente un crimen, respondió para sí mismo Román, tan en voz baja salieron de sus labios las palabras. Un tropezón del mulo hizo resbalar bruscamente la carga. De un salto, Román recogió en sus brazos el cadáver. Como un loco comenzó a besar, por encima de la manta, la cabeza del niño.

-Manuel, mi niño. No tengas miedo. Estoy yo aquí para...-, no pudo seguir. Con un gesto pasó el bulto a los brazos de un vecino. Se volvió al mulo y le golpeó con todas sus fuerzas.

-Bestia! ¡Mira lo que haces! ¿No ves que es Manuel a quien llevas encima?

De nuevo organizado el cortejo, siguieron la marcha silenciosa hasta el cementerio. En una esquina, donde daba más el sol durante el día, se abrió la fosa. Pocas paletadas basta -

ron para cubrirla.

La vuelta a la aldea fué mas rápida. Después de los últimos pésames, se dispersó la breve comitiva. Román entró en la casa.

-¡Anunciación!- llamó. Era una buena moza, la mejor de los contornos.

-¿Ya?- preguntó.

-Sí. Todo ha acabado. ¡Pobrecillo Manuel! Ahora, procuraremos vivir yo para tí y tú para mí.

Anunciación se le acercó. Sus palabras sonaron a reproche.

-Román, ¿no podremos nunca tener uno, pero que sea nuestro de verdad?

-Calla, no me hables de eso ahora, cuando Manuel ha desaparecido de esta casa. Ya veremos, así que pasen los meses.

Anunciación y Román se habían casado jóvenes. Se querían de poco tiempo atrás. Ella la mas bonita moza de aquellas aldeas. El, el mas trabajador, el mas duro de todos los mozos. Vivieron tranquilos poco tiempo. Anunciación se tornaba mas hurafia durante el día. Sin embargo, por la noche buscaba a su marido con el mismo deseo que el primer dia. Empleaba todas sus mañanas para encalabrarle, para que él la poseyese hasta no poder mas. Cuando amanecía y Román abandonaba el lecho, Anunciación se quedaba sonriente. Mas según trascurrían las horas del dia, desaparecía la sonrisa de sus labios y sus ojos se quedaban fijos en sus manos vacias. Dejaba de hablar. Lloraba con frecuencia. Inútiles eran todas las palabras de Román.

Fueron corriendo los meses y la vida se tornaba insoportable en aquella casa. Anunciación abandonaba todas sus labores y Román se desesperaba.

-¿Qué te pasa?, ¿Qué tienes?

-Román, no podemos seguir así. ¿No te das cuenta? ¿Por qué no tenemos nosotros un hijo? ¿Eres tú o soy yo quien tiene la culpa? Tenemos que ir a la capital a ver a un doctor.

La duda quedó clavada en el aire de la estancia. Tanto ella como él habían llegado al matrimonio sin saber lo que era el amor carnal. Ninguna prueba podía aducirse en favor de uno de ellos. Aquella noche sus cuerpos descansaron separados, pero no durmieron.

El domingo siguiente marcharon a la capital. Con una carta del médico de la aldea fueron a ver a un especialista. Anunciación sintió grandes rubores, pero su deseo de ser madre era tan grande que no dudó.

Mientras ella se vestía, Román estuvo hablando con el médi-

co. Al marchar, su rostro aparecía satisfecho.

Volvieron a la aldea. Por unos días vivieron en constante espera de la carta que aclararía las dudas. Una tarde al regresar de la labranza, Román entró en la casa con un papel en la mano. Con mucho trabajo leyó la carta. Anunciación ni respiraba. El médico sentenciaba: la culpa era de Román y había pocas esperanzas para el futuro. Guardó él la carta, bien envuelta, en el bolsillo interior del chaleco. Por dos veces recorrió la hilera de botones con los dedos temblorosos.

A partir de entonces la situación fué mas difícil todavía. Anunciación, consciente de su superioridad, al hablar con Román, le trataba con desprecio. No habian llegado a salir de sus labios las palabras infamantes, pero no tardarían mucho. Román se decidió a poner en práctica una idea que se le había venido a la mente.

-Anunciación, ¿no te parece que podríamos traer a casa al mas pequeño de los hijos de Sebastian el leñador, que andan por ahí tirados desde que murió el padre el año pasado. Debe tener unos cuatro años o cosa así. Con él, tendríamos un hijo.

-Lo mismo te iba a proponer desde que hace días le ví durmiendo en el Risco de las Cabras. Me dió un temblor de pensar en que podía caerse...

-Pues mañana voy en un brinco y me lo traigo.

Al día siguiente pareció haber entrado la gloria en la casa. Anunciación se mostraba radiante, ocupandose del pequeño, haciendole ropa con los desechos de Román. Desaparecieron las caras mohinas y los malos humores. Los tres eran felices.

Una vecina tuvo la culpa.

-¡Lo que darías tu, Anunciación, porque el chiquillo fuera tuyo! ¿Eh? Pero a falta de los propios se quiere igual a estos. Anunciación sintió que se le traspasaba el corazón. Aquella noche Román la encontró triste. Insistió preguntando la causa. Ella se resistía.

-¿Ya volvemos a lo de antes, Anunciación? ¡No nos vamos a pasar la vida disgustados. Manuel es como si fuera hijo nuestro. Madre te llama a tí. ¿Qué mas quieres?

-Nada, tu lo has dicho, es como si fuera hijo nuestro, pero no lo es. ¿Por qué? No es culpa mía.

-Ni mía tampoco, vamos quiero decir, que no es intención mía el no tener hijos. Es una enfermedad y de eso nadie se libra si está escrito.

-Si, pero la que paga soy yo, que no puedo ser madre. Por mi parte estoy bien sana, soy una mujer entera.

-¿Qué me quieres decir con eso?

-Al buen entendedor con pocas palabras bastan.

-Creo que eres injusta, Anunciación.

Aquella escena se repitió muchas veces. Anunciación tan pronto

tenía arrebatos de cariño con el pequeño Manuel, como le pegaba sin motivo. Su desprecio por Román era mayor de día en día. El hombre no vivía. Andaba por el pueblo con la cabeza baja, sin atreverse a mirar de frente. Creía que le señalaban. Prolongaba sus ausencias con cualquier motivo, permaneciendo en el monte carboneando más tiempo del necesario. Contaba sus penas a las viejas encinas que se encogían de hombros ante la imposibilidad de darle una solución. Pasaba horas enteras leyendo la carta que los llevó hasta el especialista de la ciudad y la otra, en que el médico le condenaba. Si al menos hubiera esperanza de poder arreglar la cosa algún día... Pero aquella carta había determinado su infelicidad de manera rotunda.

No podía más. Anunciación era cada vez más provocativa, más hiriente en sus palabras. Ya no se recataba de hablar. Había empezado haciéndolo solo con su madre, pero ya conocían su desgracia todas las mujeres de la aldea.

Román escuchaba las más feroces bromas, las más alusivas coplas de los mozos en las noches de ronda. Todo lo hubiera aguantado, pero no podía soportar los malos tratos que sufría Manuel. Y no era solo por el niño. Cada golpe que recibía el pequeño, adivinaba Román que era dado con el deseo de que le llegara a él, que Anunciación pegaba al niño queriendo vengar en él el odio que acumulaba contra su marido.

Román llevaba al niño a todas partes con él. Le veía saltar como una cabrilla de piedra en piedra. Y a pesar de todo, Román comprendía que el chiquillo fuese la causa de que el encono de Anunciación fuese mayor. Viéndole, se agudizaban sus deseos de ser madre, y como consecuencia crecía su rabia hacia Román y el niño.

Llegó un momento en que ella se negó a entregarse a su marido.

-Para lo que nos sirve, bueno, atí- le decía, y le alejaba de su lado.

Román sufría intensamente. Quería a Anunciación con toda su alma. Era buena y le hubiera querido siempre a no ser por aquella fatalidad.

Una noche tuvo que quitarle a Manuel de entre las manos. Lo hubiera estrangulado. Estaba como loca.

-¡No quiero verle! ¡Quitámelo de delante o me mataré, me colgaré de una viga. Cada vez que lo veo delante de mí, pienso en el que podría ser nuestro. Si no estuviera aquí, me resignaría como otras lo han hecho, pero así es imposible. Me perderé, no puedo más.

Román no sabía que determinación tomar. No se decidía a abandonar de nuevo al pequeño a su triste suerte. Sería espantoso, peor que matarle... matarle..., la palabra se le quedó grabada en el cerebro. Giraba ante sus ojos como una pesadilla. Así vol

vería Anunciación a quererle y quien sabe si a pesar de todo el médico estaba equivocado y algún día...

Dejó de llevar al niño con él. Marchaba solo a la labranza. Aquella idea le atormentaba sin cesar. Además tenía miedo de que un arrebató de Anunciación la llevase hasta matar al niño Y no podía dejarle de nuevo en la calle. Se moriría muy pronto. No podría verle sufrir otra vez el hambre y el frío. ¿Qué dirían en la aldea?

Manuel insistía en querer salir al trabajo con Román. En alguna ocasión se le presentó en el monte cuando menos lo esperaba. Al fin, cedió.

Salieron Román y el chico muy de mañana para la sierra. No había pegado los ojos en toda la noche. Seguía bajos los efectos de la pesadilla. Poco a poco sentía que se le escapaba la razón.

Quiso pasar de largo el Risco de las Cabras. Tenía miedo. El niño, le pidió que repitiese una vez mas la broma que tantas veces como psaban por allí, tenía con Manuel. Se resistió sin demasiada firmeza. Por último se decidió. Le cógia en sus brazos y balanceandole sobre el abismo le amanezaba con dejarle caer. El chiquillo reia siempre, tenía confianza en él. Ahora se dejó tomar en brazos sonriendo. Román se acercó al borde del barranco y como siempre, le suspendió sobre el vacío. Los ojos de Manuel brillaban de alegría: otra vez se sentía feliz con su padre adoptivo. Algo muy negro pasó por la mente de Román; luego, se le apareció Anunciación, malhumorada, llorando, mas tarde, apacible. Sus brazos se abrieron dejando caer su carga. Un grito terrible le hirió muy hondo, volviendole a la realidad. Enloquecido bajó dando saltos, tropezando, cayendo a cada paso.

-¡Manuel!, ¡mi niño!

Tendido de espaldas en el suelo, deshecho, estaba el cuerpo de la criatura. Lo levanto de nuevo en sus brazos y corriendo desesperado volvió a la aldea.

...

Las palabras de Anunciación cayeron como mazazos sobre Román. ¡Un hijo!, ¡Un hijo suyo de verdad!. Por tener uno con ella hubiera dado media vida. Por querer dar a Anunciación la ilusión de tener un hijo había traído a Manuel a la casa. ¡Qué sabía ella de lo que había ocurrido! Era un criminal, por culpa de ella había hecho lo que hizo. Y no era suya la culpa, no. Por última vez sacó las cartas que llevaba en la cartera, la del médico de la aldea y la del de la capital. Las leyó. Por indicación suya, el médico de la aldea advertía al especialista que caso de ser Anunciación la culpable, no lo dijese, achacan

do el defecto a Román. El estaba dispuesto a soportar todo por ella, la quería tanto, tanto, que había llegado hasta el crimen. Anunciación no sabría nunca que no podrían tener un hijo suyo de verdad por culpa de ella.

Con una cerilla, Román, prendió fuego a las dos cartas. Triste, muy triste, las vió arder. Con el pié apagó los últimos rescoldos.

Entró en el cuarto. Tumbada encima de la cama, Anunciación sollozaba.

-Perdoname, Anunciación, he estado brusco contigo, pero te quiero, ¿sabes? te quiero.

Ella ni le miró siquiera. Sollozó con mas fuerza.

Aurelio ROMEO.



do el defecto a Román. El estaba dispuesto a soportar todo por ella, la quería tanto, tanto, que había llegado hasta el crimen. Anunciación no sabría nunca que no podrían tener un hijo suyo de verdad por culpa de ella.

Con una cerilla, Román, prendió fuego a las dos cartas. Triste, muy triste, las vió arder. Con el pié apagó los últimos rescoldos.

Entró en el cuarto. Tumbada encima de la cama, Anunciación sollozaba.

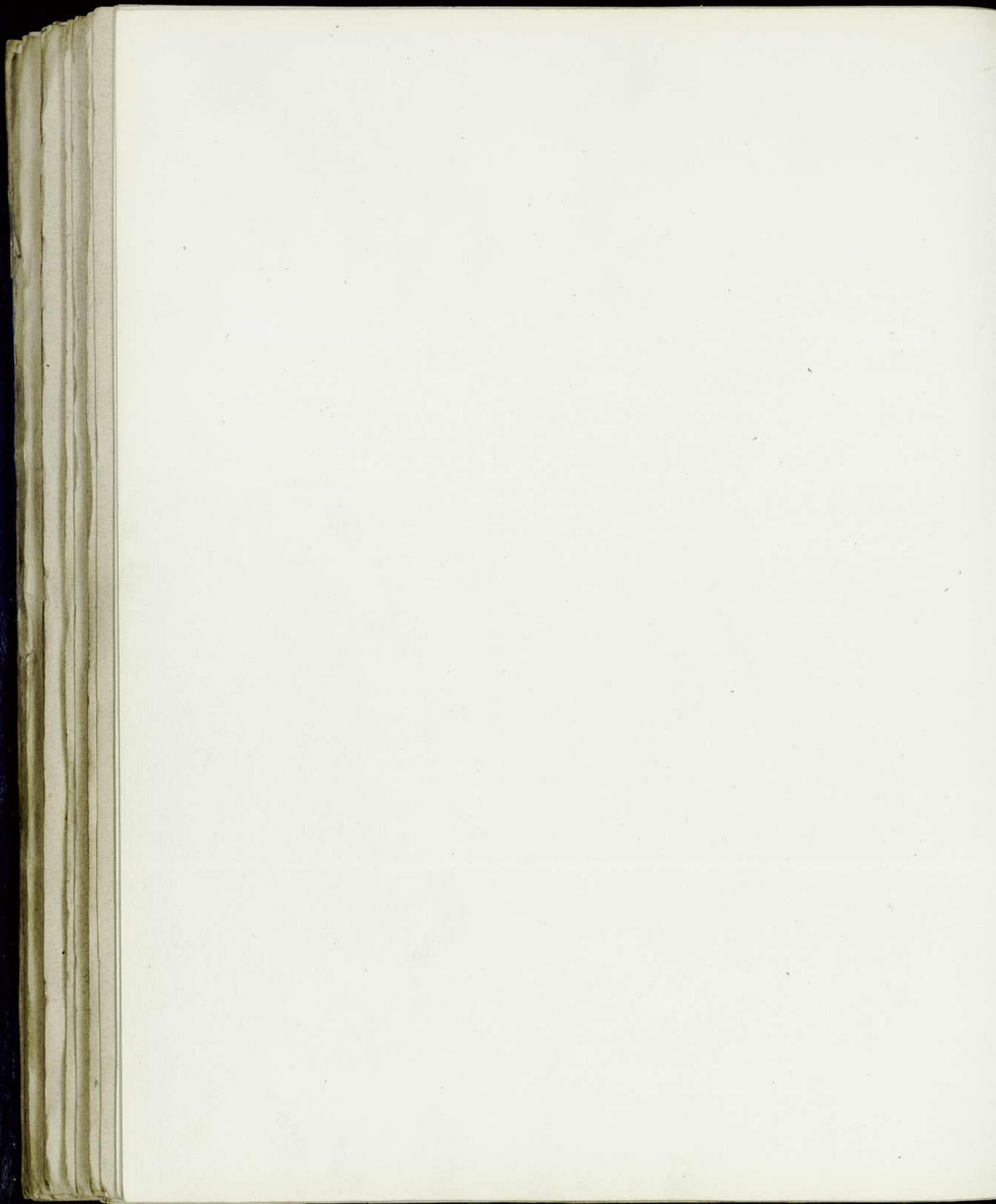
-Perdoname, Anunciación, he estado brusco contigo, pero te quiero, ¿sabes? te quiero.

Ella ni le miró siquiera. Sollozó con mas fuerza.

Aurelio ROMEO.



La hermosa mate de pelo



# UNA NOVELA ESCRITA EN EL REFUGIO

**H**E podido apreciar perfectamente la difícil facilidad con que trabaja Pablo de la Fuente, la isocronía de su trabajo, no en el sentido de regulación horaria, que en eso es un incorregible bonemio, sino desde el punto de vista de igualdad de esfuerzo y rendimiento. Cuando La Fuente pulsa, con aristocrática suavidad, el teclado de su máquina de escribir las palabras, las ideas, se alinean sin esfuerzo aparente y como obedientes a un cerebro que las produce lo mismo que las grandes fuerzas de la naturaleza rinden energías.

Pablo de la Fuente, cuya cultura estriba mas en la asimilación de sus conocimientos que en su cantidad, que lo que sabe lo sabe a fondo y lo que dice lo dice porque lo sabe bien, es uno de esos escritores, escasos por desgracia, en quienes la razón y la fantasía están hermanadas de tal suerte que lo imaginativo sufre siempre el dulce imperio de la reflexión serena y lo que el pensamiento dicta va embellecido con el arte que inspira al literato.

Hijo de su época, pero alcanzando, felizmente para él unos años de relativa calma, La Fuente ha vivido los primeros años de su juventud en un ambiente propicio para quien ha de reflejar con la pluma el admirable y siempre vario misterio de la vida. Sus ojos se han deslumbrado con exóticos soles y espectáculos y resplandores y su corazón ha latido a impulsos de emociones distintas a las que experimentara en la tierra natal. Y al asomarse al mundo ha tomado de él lo mas universal y mas humano: la solidaridad y el amor. Acaso por ésto, por ese rodar por el mundo se han desbastado las aristas y se han suavizado asperezas. Si el Rabí galileo perdonó a la a-

dultera porque había amado mucho también los que sufren deben ser perdonados porque el mucho padecer hace comprensivos y compasivos a los hombres.

"El Hombre Solo", primer libro de Pablo de la Fuente, nos muestra un temperamento de artista joven que en tierras extrañas recoge como uno de aquellos encantadores daguerreotipos, -no olvidemos que el inventor de la fotografía fue un excelente pintor,- todo el encanto de unos paisajes y unos caracteres bien distintos en color y en esencia a los que eran habituales al novelista.

"El Hombre Solo", brillante ejecutoria de sensibilidad literaria, vaticinaba limpias e interesantes impresiones de una pluma que al describir tenía calidades de pincel bien servido por jugosa paleta.

"Los Esfuerzos Inútiles" es algo más, es una novela de esas que marcan una de las altas cumbres en la ruta de un gran escritor.

"Los Esfuerzos Inútiles" es un libro moderno con gusto clásico, una obra en la que el autor da la visión magnífica de una ciudad castellana sumida en un ambiente clerical y en una atmósfera agitada solo por el estremecimiento broncíneo de las campanas, la dulce neblina de los inciensos y el somnoliento bisbeo de los rezos, pero en la cual, aunque ocultas por la hipocresía y el misterio, existen pasiones y vicios y atormentadoras inquietudes.

Hombre de su tiempo, Pablo de la Fuente, a pesar de su audacia en la ideología política, bravamente sostenida con sus escritos, la palabra, la conducta y hasta el fusil, ha tenido el buen gusto, -isocronía también intelectual- de no mostrarse un "tragacuras" ni manchar la albura de su pluma creando adrede tipos en los que encarnar, por absurda acumulación de aberraciones, sus odios partidistas. ¿Para qué?. Lo que nosotros combatimos es malo, -así lo creemos honradamente-, "per se", no porque las personas que lo practiquen sean monstruos. Y así vemos que con un gran sentido de la realidad en "Los Esfuerzos Inútiles", todos los personajes son seres que obran de buena fé, sin maldad absoluta, obedientes a las leyes naturales y a los convencionalismos sociales, haciendo el bien o el mal a que instintivamente les lleva su condición humana, realizando el error o el crimen no por morboso anhelo de hacer daño sino porque la vida tiene exigencias que muchas veces pugnan con la pura moral y con las normas que la sociedad, indudablemente exagerada ha marcado sin flexibilidad alguna.

Además de una magnífica visión de la ciudad castella-

na, hay un trasunto admirable de la vida en un colegio de frailes con sus escolares y profesores a quienes instintivamente, tan reales son, se les pone un apellido o se recuerda un episodio.

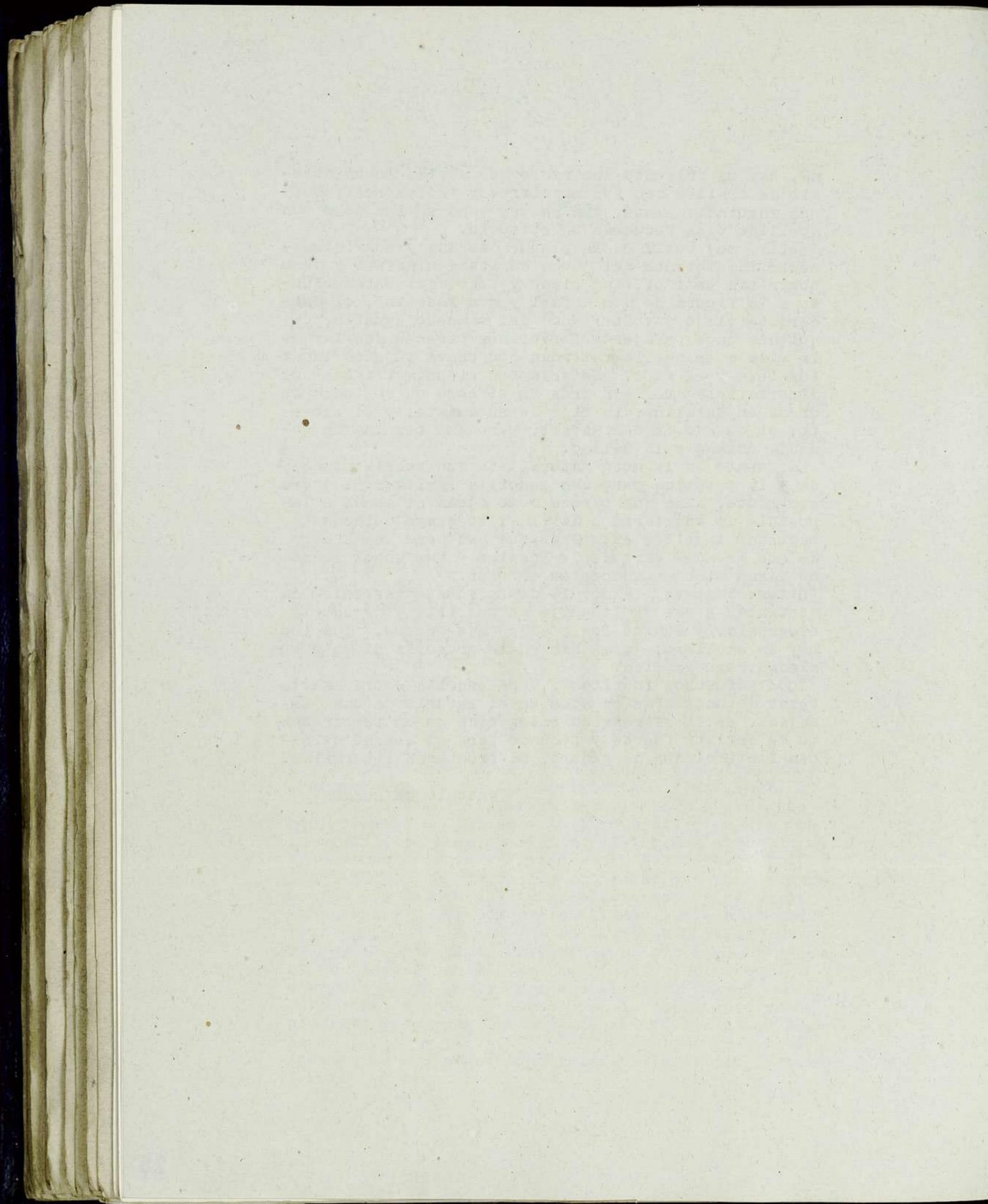
Bella, muy bella es la pintura serena y suavísima - mente inquietante del joven curita don Rafael y de su hogar tan español, tan plano y poco accidentado. Junto a la figura de don Rafael y don Faustino, el sacerdote viejo y volteriano; del mancebo Agustín, a quienes unos pasajeros fervorines parecen desviar de la vida a la que le retornan con brava pujanza la naturaleza y el amor, destacan con silueta trágica el memorialista que deja tras de sí como un comienzo de drama en Catalina, la hija de su amante, y el Alberto, el cuñado de don Rafael, pero que termina en comedia humana a lo Balzac.

La Fuente da la nota naturalista con sobria pincelada y la patética pero con sencilla realidad. El joven sacerdote, alma que parece como ajena al mundo e imposible de adaptarse a la vida, se apaga dulcemente, haciendo inútiles esfuerzos, que son como una prueba de sus grandes virtudes e ideales y que en el fondo no pasan sino de inocentes errores.

Literariamente, la novela de La Fuente responde a su contenido y así su lenguaje es sencillo y de sobria elegancia, y aun de los pasajes más crudos, que los hay en el libro, jamás cae en la grosería ni en la suciedad pornográfica.

"Los Esfuerzos Inútiles", otra escrita entre las tristezas de unos días pasados en el refugio de una Embajada, es la afirmación categórica de un temperamento de artista fuerte y fecundo para el que no existen limitaciones de género, ni fronteras literarias.

Antonio DE LEZAMA.



# CUADERNO DE POESIA

## LUIS CERNUDA

**A**l frente de su poema "El joven marino" puede leerse este lema angustioso: Yo he escrito mis primeros versos por entusiasmo de juventud; los segundos por amor; los últimos por desesperación.

Cada una de estas épocas han dejado al poeta sus sensaciones y sentimientos especiales. Vibra en su poesía el desaliento ante la fugacidad de la edad dorada, el quebranto angustioso del amor, la alucinación de la pasión que subyuga, y la desesperación de la temprana desilusión que sorprende el vacío doloroso de una vida excepcional. Cernuda trae a la poesía española contemporánea una brisa amarga que anochece continuamente lejos de toda esperanza. Hay en su obra un continuo e irreprimible desdén hacia el mundo que le rodea. Apartado de todo, en un desolador aislamiento, Cernuda ha construido una poesía difícil, emocionada y diáfana. De aquellos cielos transparentes de Sevilla, donde nació Cernuda, ha conservado una cierta transparencia luminosa que luce en el fondo de su versos. En ocasiones recuerda a Gustavo Adolfo en aquel su renunciamento total de la vida. "Donde habite el olvido, allí estará mi tumba" cantó el ruiseñor bécqueriano, y un siglo después Cernuda recoge, en el alto linaje de su poesía, aquel aliento desesperado y melancólico.

Cernuda ha publicado varios cuadernos de poesía reunidos más tarde en su libro "La realidad y el deseo".

## I

## ADONDE FUERON DESPEÑADAS

¿Adónde fueron despeñadas aquellas cataratas,  
Tantos besos de amantes, que la pálida historia  
Con signos venenosos presenta luego al peregrino  
Sobre el desierto, como un guante  
Que olvidado pregunta por su mano?

Tú lo sabes, Corsario;  
Corsario que se goza en tibios arrecifes,  
Cuerpos gritando bajo el cuerpo que les visita  
Y sólo piensan en la caricia,  
Solo piensan en el deseo,  
Como bloque de vida  
Derretido lentamente por el frío de la muerte.

Otros cuerpos, Corsario, nada saben;  
Déjalos pues.  
Vierte, viértete sobre mis deseos,  
Ahórcame en tus brazos tan jóvenes,  
Que con la vista ahogada,  
Con la voz última que aún abran mis labios,  
Diré amargamente cómo te amo.

## II

## NO DECIA PALABRAS

No decía palabras,  
Acercaba tan sólo un cuerpo interrogante,  
Porque ignoraba que el deseo es una pregunta  
Cuya respuesta no existe,  
Una hoja cuya rama no existe,  
Un mundo cuyo cielo no existe.

La angustia se abre paso entre los huesos,  
Remonta por las venas  
Hasta abrirse en la piel,  
Surtidores de sueño  
Hechos carne en interrogación vuelta a las nubes.

Un roce al paso,  
Una mirada fugaz entre las sombras,  
Bastan para que el cuerpo se abra en dos,

Avido de recibir en sí mismo  
 Otro cuerpo que sueñe;  
 Mitad y mitad, sueño y sueño, carne y carne;  
 Iguales en figura, iguales en amor, iguales  
 en deseo.  
 Aunque sólo sea una esperanza,  
 Porque el deseo es pregunta cuya respuesta  
 nadie sabe.

## III

## DONDE HABITE EL OLVIDO

Yo fuí.

Columna ardiente, luna de primavera.  
 Mar dorado, ojos grandes.  
 Busqué lo que pensaba;  
 Pensé, como al amanecer en sueño lánguido,  
 Lo que pinta el deseo en días adolescentes.

Canté, subí,  
 Fuí luz un día  
 Arrastrado en la llama.

Como un golpe de viento  
 Que deshace la sombra,  
 Caí en lo negro,  
 En el mundo insaciable.

He sido.

## IV

## LOS FANTASMAS DEL DESEO

Yo no te conocía, tierra;  
 Con los ojos inertes, la mano aleteante,  
 Lloré todo ciego bajo tu verde sonrisa,  
 Aunque, alentar juvenil, sintiera a veces  
 Un túmulo sediento de postrarse  
 Como huracán henchido aquí en el pecho;  
 Ignorándote, tierra mía,  
 Ignorando tu alentar, huracán o tumulto,  
 Idénticos en esta melancólica burbuja que  
 yo soy

A quien tu voz de acero inspirara un menudo  
vivir.

Bien sé ahora que tú eres  
Quien me dicta esta forma y este ansia;  
Sé al fin que el mar esbelto,  
La enamorada luz, los niños sonrientes,  
No son sino tu misma;  
Que los vivos, los muertos,  
El placer y la pena,  
La soledad, la amistad,  
La miseria, el poderoso estúpido,  
El hombre enamorado, el canalla,  
Son tan dignos de mí como de ellos yo lo soy;  
Mis brazos, tierra, son ya más anchos, ágiles,  
Para llevar tu afán que nada satisface.

El amor no tiene esta o aquella forma,  
No puede detenerse en criatura alguna;  
Todas son por igual viles y soñadoras.  
Placer que nunca muere,  
Beso que nunca muere,  
Sólo en ti misma encuentro, tierra mía.

Nimbos de juventud, cabellos rubios o sombríos,  
Rizosos o lánguidos como una primavera,  
Sobre cuerpos cobrizos, sobre radiantes cuerpos  
Que tanto he amado inútilmente,  
No es en vosotros donde la vida está, sino en la  
tierra,  
En la tierra que aguarda, aguarda siempre  
Con sus labios tendidos, con sus brazos abiertos.

Dejadme, dejadme abarcar, ver unos instantes  
Este mundo divino que ahora es mío,  
Mío como lo soy yo mismo,  
Como lo fueron otros cuerpos que estrecharon mis  
brazos,  
Como la arena, que al besarla los labios  
Finge otros labios, dúctiles al deseo  
Hasta que el viento lleva sus mentirosos átomos.

Como la arena, tierra,  
Como la arena misma,  
La caricia es mentira, el amor es mentira, la a-  
mistad es mentira.  
Tú sola quedas con el deseo,  
Con este deseo que aparente ser mío y ni siquiera  
es mío,

Sino el deseo de todos,  
Malvados, inocentes,  
Enamorados o canallas.

Tierra, tierra y deseo.  
Una forma perdida.

V

LA GLORIA DEL POETA

Demonio hermano mío, mi semejante,  
Te ví palidecer, colgado como la luna matinal,  
Oculto en una nube por el cielo,  
Entre las horribles montañas,  
Con una llama a guisa de flor tras la menuda  
oreja tentadora,  
Blasfemando lleno de dicha ignorante,  
Igual que un niño cuando entona su plegaria,  
Y burlándote cruelmente al contemplar mi can-  
sancio de la tierra.

Mas no eres tu,  
Amor mío hecho eternidad,  
Quien deba reir de este sueño, de esta impoten-  
cia, de esta caída,  
Porque somos chispas de un mismo fuego  
Y un mismo soplo nos lanzó sobre las ondas te-  
nebrosas  
De una extraña creación, donde los hombres  
Se acaban como un fósforo al trepar los fati-  
gosos años de sus vidas.

Tu carne como la mía  
Desea tras el agua y el sol el roce de la seda;  
Nuestra palabra anhela  
El muchacho semejante a una rama florida  
Que pliega la gracia de su aroma y color en el  
aire cálido de mayo;  
Nuestros ojos el mar monótono y diverso,  
Poblado por el grito de las aves grises en la  
tormenta,  
Nuestra mano hermosos versos que arrojar al des-  
dén de los hombres.

Los hombres tú los conoces, hermano mío;  
 Mírales cómo enderezan su invisible corona  
 Mientras se borran en la sombra con sus mujeres  
 al brazo,  
 Carga de suficiencia inconsciente,  
 Llevando a comedia distancia del pecho,  
 Como sacerdotes católicos la forma de su triste  
 dios,  
 Los hijos conseguidos en unos minutos que se hur-  
 taron al sueño  
 Para dedicarlos a la cohabitación, en la densa  
 tiniebla conyugal  
 De sus cubiles, escalonados los unos sobre los o-  
 tros.

Mírales perdidos en la naturaleza,  
 Cómo enferman entre los graciosos castaños o los  
 taciturnos plátanos,  
 Cómo levantan con avaricia el mentón,  
 Sintiendo un miedo oscuro morderle los talones;  
 Mira cómo desertan de su trabajo el séptimo día  
 autorizado,  
 Mientras la caja, el mostrador, la clínica, el bu-  
 fete, el despacho oficial  
 Dejan pasar el aire con callado rumor por su ám-  
 bito solitario.

Escúchales brotar interminables palabras  
 Aromatizadas de facilidad violenta,  
 Reclamando un abrigo para el niño encadenado  
 bajo el sol divino  
 O una bebida tibia, que resguarde aterciopelada-  
 mente  
 El clima de sus fauces,  
 A quienes dañaría la excesiva frialdad del agua  
 natural.

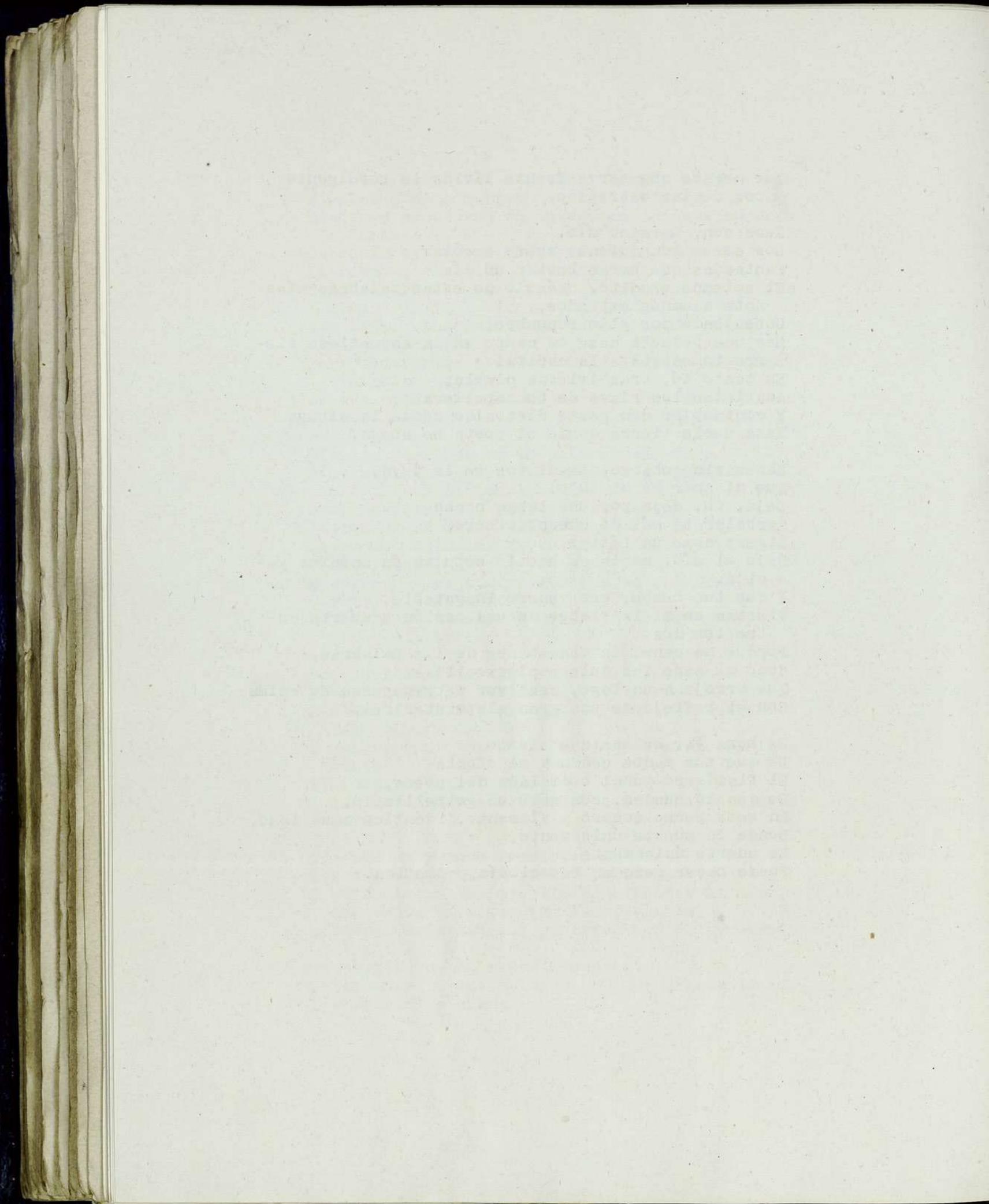
Oye sus marmoreos preceptos  
 Sobre lo útil, lo normal y lo hermoso;  
 Oyeles dictar la ley al mundo, acotar el amor,  
 dar cañon a la belleza inexpresable,  
 Mientras deleitan sus sentidos con altavoces de-  
 lirantes;  
 Contempla sus extraños cerebros  
 Intentando levantar, hijo a hijo, un complicado  
 edificio de arena

que negase con torva frente lívida la refulgente  
paz de las estrellas.

Eos son, hermano mío,  
Los seres con quienes muero a solas,  
Fantasmas que harán brotar un día  
El solemne erudito, oráculo de estas palabras mías  
ante alumnos extraños,  
Obteniendo por ello renombre,  
Más una pequeña casa de campo en la angustiosa sierra  
inmediata a la capital;  
En tanto tú, tras irisada niebla,  
Acaricias los rizos de tu cabellera  
Y contemplas con gesto distraído desde la altura  
Esta sucia tierra donde el poeta se ahoga.

Sabes sin embargo que mi voz es la tuya,  
Que mi amor es el tuyo;  
Deja, oh, deja por una larga noche  
Resbalar tu cálido cuerpo oscuro,  
Ligero como un látigo,  
Bajo el mío, momia de hastío sepulta en anónima yacija,  
Y que tus besos, ese venero inagotable,  
Viertan en mí la fiebre de una pasión a muerte entre los dos;  
Porque me cansa la vana tarea de las palabras,  
Como al niño las dulces piedrecillas  
Que arroja a un lago, para ver estremecerse su calma  
Con el reflejo de una gran ala misteriosa.

Es hora ya, es mas que tiempo  
De que tus manos cedan a mi gloria  
El flamígero puñal codiciado del poeta,  
De que lo hundas, con sólo un golpe limpio,  
En este pecho sonoro y vibrante, idéntico a un laud,  
Donde la muerte únicamente,  
La muerte únicamente,  
Puede hacer resonar la melodía prometida.



# NOTAS DE LECTURA

LA LLAMADA, por LEONIDAS ANDREIEV.-

"Pero ¿oyes como trabajan ahí, en la calle?, ¿oyes los golpes de las hachas y de los martillos?. Me parece que a cada hachazo, a cada martillazo, vienen a tierra espesos muros y se abren amplios horizontes. Estos golpes son como llamadas de la Libertad. ¡ No sabes como me conmueven!. Aunque es de noche, se me antoja que brilla el sol."

¿No os parece que está escrito para nuestro glorioso 7 de Noviembre? ¿No habéis oído vosotros esos mismos golpes, esa misma llamada? ¿Os acordáis de aquella noche?. Todo Madrid trabajaba; en cada esquina, en cada casa, todo era movimiento. Todo el mundo había sentido la llamada a la Libertad y cada cual con lo que podía se disponía a defender la capital del enemigo opresor.

Aquellas mujeres que afanosamente levantaban los parapetos tenían en sus ojos la esperanza de un mundo mejor. Muchas de ellas, a pesar de ser ya viejas de tener treinta años, les parecía que solo tenían diecisiete y que llevaban en su alma un primer amor infinito, sin límites, como le ocurre a la esposa de "La llamada". En cuantos corazones los golpes de los adoquines al amontonarse el uno sobre el otro sonarían como un canto, como una música con la que había soñado toda su vida. Y no se explicaron por qué se les arrasaban los ojos en lágrimas y, al mismo tiempo, experimentaron el deseo de cantar, de reír. Era la llamada de la Libertad.

En cuantos hogares se plantearía el caso del cuento. Cuantos hijos dirían a su padre, cuantas mujeres a sus maridos que se marchaban al frente, cuantos hom-

bres a sus mujeres, "No me prives, pues, de esa dicha. Déjame morir con los que trabajan y llaman con tanto desnudo a las puertas del porvenir, despertando incluso a los muertos en sus sepulcros del pasado".

Los que tuvimos que separarnos de nuestras mujeres para ir a la lucha, también las cogimos la mano que estaba fría. De igual manera nos respondió con un fuerte apretón, en el que había algo nuevo, desconocido hasta entonces para mí. Nunca me había estrechado de aquella manera la mano.

Y por último, cuando he leído la despedida del padre con el hijo, me ha parecido revivir la despedida de un oficial compañero mío de un hijo suyo, que tenía así mismo nueve años.

"¿Llevarás el fusil?, preguntó con voz grave.

-Sí.

-Está detrás de la chimenea, ¿verdad?

-¿Cómo lo sabes?... Bueno, abrazame.

¿Te acordarás de mí?

Saltó de la cama en camisita, caliente aún del sueño y se abrazó con fuerza a su cuello. Sintiendo el calor de sus brazos suaves, delicados, levantó el pelo de su nuca y se posaron en su cuellecito, un instante, sus labios.

-¿Te matarán?, le dijo al oído.

-No, volveré.

¿Por qué no lloró? Muchas veces lloraba cuando él salía de casa. ¿Acaso él también había oído aquellas llamadas misteriosas?. ¿Quién sabe?".

Y todo este cambio familiar que con tanta emoción nos narra Andreiev y que para nosotros, los que le hemos vivido en nuestra vida, es aún mayor, tiene

su causa en la Libertad, en esa Libertad que canta el mismo Andreiev en una de sus obras.

"Si yo recogiese por el mundo entero todas las buenas palabras que usan los hombres, todas sus tiernas y sonoras canciones, y las lanzase al aire alegre; si yo recogiese todas las sonrisas de los niños, las risas de las mujeres no ofendidas aun por nadie, las caricias de las ancianas madres de cabellos blancos, los apretones de manos de los amigos, y con todo ello hiciese una corona inmarcesible para una hermosa cabeza; si yo recorriese todo el haz de la tierra y recogiese cuantas flores hay en los bosques, en los campos, en las praderas, en los jardines de los ricos, en las profundidades de las aguas, en el fondo azul de los mares; si yo recogiese cuantas piedras preciosas brillan en las hendeduras de los montes, en la oscuridad de las minas profundas, en las coronas de los soberanos y en las orejas de las grandes damas, y con todas hiciese una montaña fulgurante; si yo recogiese todas las llamas que arden en el universo, todas las luces, todos los rayos, todos los brillos, todas las auroras, y con todo ello hiciese rutilar los mundos en un grandioso incendio, ni aún así podría glorificar tu nombre como se merece, ¡oh, Libertad!".

J. CAMPOS.

L'ENFANT DE VOLUPTÉ", por GABRIELLE D'ANNUNZIO.- L'enfant de volupté es ante todo la obra de un poeta. Sobre la línea anecdótica flota una clara sombra de poesía que se hace lírica pura en casi su totalidad. Como la transparente poesía de un cielo creado por el pincel de un primitivo italiano, así nos dá Gabrielle D'Annunzio en ciertos pasajes el encanto de los celajes romanos y como un maestro veneciano dá la calidad pictórica a todo cuanto crea dentro del limitado rectángulo, D'Annunzio hace carne encendida en el cuerpo admirable de Helene Muti y azulada llama en el espíritu de Maria Ferrer.

Como Narciso se vé reflejado en el cristal del agua, el poeta italiano se retrata en André Sperelli-Fieschi d'Ungenta. El André mundano de los salones europeos con su corte de mujeres sensibles al amor, las rosas y las mayólicas de Métaure, no es ni mas ni menos que el D'Annunzio amando a la Princesse Casatti -a quien adivinamos en Helene Muti- y tantas mujeres un tanto snob que ponían radiantes de joyas, terciopelos, plumas y encajes, los salones de fines del XIX.

Las primeras páginas de L'enfant de volupté" nos presentan un mundo ocioso solo pensando en el amor y el arte. Nos parece contemplar una estampa de Simont y las damas que por ellas desfilan creemos haberlas conocido en los lienzos de Boldini o de La Gandara. Es como el hojear los deliciosos grabados de "Le jardin des Modes".

A medida que nos adentramos en el jardín apasionado de la Voluptuosidad donde habita este "Enfant" torturado, la no vela vá perdiendo superficialidad para tornarse sombría bajo los damascos, los balcones entornados, la angustia -como sonambula- de la Sensualidad. Desde el momento en que los amantes en la penumbra del dormitorio de Helene Muti bajo la mirada agonizante de un cristo de Guido Reni, se dicen : ¡Combièn tu me plais!, nos invade esa tristeza que hace decir al poeta: "cette tristesse obscure qui est au fond de tous les bonheurs humaines comme l'onde amere est a l'embouchure de toutes les fleuves". Y una vez, ya dentro de esa onda, no podemos salir de ella hasta la última página que sigue sumergida al igual de las que la preceden en la misma ola de tristeza.

Todo "L'enfant de volupté" es la lucha de un hombre debatiéndose entre la paloma y la serpiente y como mas inquietante, escurridiza y venenosa sale triunfando ésta última. El demonio de la Carne sigue a André tan de cerca que formá una sola apetencia y ésta demoniaca obsesión le hace quebrar el puro cristal del amor en el momento en que de tan límpido desaparece a la turbia mirada.

287

Se rompe el cristal y queda sobre el vidrio fracasado la roja rosa material y voluptuosa, viva, fragante, desafiadora como un corazón enamorado.

Rebasando la alta cima de la novela flota en el aire el perfume poético que se diría venir de esa lluvia de pétalos caídos blandamente sobre los jardines incomparables de La villa Medicis.

"Il pleuvait partout des roses, des roses, des roses, des roses, si lentes, si épaisses et si molles qu'on aurait dit une tombée de neige dans une aurore".

S. ONTEAÑON.

EL CAMARERO, por IVAN CHMELEV.- "El Camarero" es una de las primeras novelas publicadas por I. Ch. Su autor, novelista ruso de la última generación, cae dentro de la órbita de las grandes figuras de la literatura rusa singularmente de Gorki, al calor de cuya estrella fulgurante y destacada, se vió impulsado al mundo de los que leen y escriben conquistándose un nombre y un puesto bien merecido.

La he leído estos días. A mi memoria volvieron los tiempos, como nó, en que como la mayoría de los jóvenes entré de lleno en los rusos. Era entonces, cuando los primeros pelos oscurecían mi barba y sombreaban las alas de mi nariz. Tendría yo quince o dieciseis años. Su lectura llevó a mi alma algunos gérmenes nuevos. Sin embargo sólo mas tarde, bastantes años después supe entresacar y valorar debidamente lo que de verdadero interés podían tener para mí tales obras. En aquellos tiempos prefería yo estremecerme sacudido por las novelas mas fuertemente sentimentales, y en su realismo crudo, arisco, dramático, buscaba con insistencia mas que el sentido de una vida mejor, las formas mas diversas de conocierme ante estados anímicos, fraguados muchos en la crueldad e injusticia de una sociedad en descomposición, aspirados en su esencia puramente psicologica. Comprendía que las cosas no deberían desarrollarse como yo las veía, pero como al mismo tiempo mi capa-

dad de absorción en materia sentimental era ilimitada, encontraba cierto placer en torturarme con la angustia de seres oscurecidos y denigrados por una vida a gotadora y aplastante.

Hoy, no ha sido así. "El Camarero" lo he sentido en todos sus aspectos. En muchos momentos me ha producido el efecto de candentes banderillas de fuego. Tengo que pensar ahora que cuando me entregué con afán a los grandes novelistas de la vida de los oprimidos estaba dormido como lo debieron de estar en su ceguera una gran parte del pueblo ruso sometido al yugo zarista de Nicolas II.

Algo importante, esencial, dormitaba en mí cuando ante su contacto continuado no reaccioné en la debida forma. Quizás influyera muy directamente el medio carente de extremismo en que yo crecía. Por otra parte yo era un sentimental subjetivo.

Los escritores rusos, Gogol, Tolstoi, Andreiev, Gorki, Turguenev, Dostoievski, etc, etc, han removido con sus plumas los fondos de las grandes ciudades y de los campos agresivos. A flor de agua han ofrecido a nuestra vista la vida odiosamente triste y mísera de esos mismos fondos en los que se mezclan y confunden en el anonimato heroico millones de almas que no han tenido otros derechos que los de integrar esas masas grises y opacas que con su trabajo dan la vida y el color, desconocidos por ellas, a otros seres muy cortos en número cuya simple misión en el teatro humano parece ser únicamente la de hundir en el cielo, mas aún, a los que a costa de su sangre mantienen sus lujos y sus caprichos.

Chmelev fiel a la tradición de sus pa-drecitos ofrece en su novela, toda la gama de las humillaciones, miserias y dolores infrahumanos con que el destino adereza la vida del personaje central de la misma, Jacobo Sofronich Skorojodov, camarero en un restaurant elegante.

Por la categoría del mismo desfilan diariamente ante sus ojos, en vaivén constante, florecientes fabricantes orondos, abogados granujas pero que ganan mucho dinero con sus granujadas, millonarios de rublos que no de otra cosa, nuevos ricos groseros, nacidos sus nego-

cios en el misterio, y verdaderos pios resucitados, como él mismo los califica, encopetados directores de banco, y costrosos profesores que dan cincuenta céntimos de propina. Toman indistintamente los nombres de Pilimov, Glotanov, Bariguín, Semín, Karasev, etc, bajo los cuales esconden, sin que por ello dejen de trascender, la ruindad de sus sentimientos y todos los vicios y aberraciones propias de una sociedad decadente y podrida en la que ya no se encuentran santos porque el único afán es el de ganar dinero con que sostener un tren de vida equívoco montado sobre tan falsos pilares.

"Solo guardan las conveniencias. Se permiten todo género de porquerías con tal de que nadie los vea. ¡Si pudiéramos decir lo que pensamos!".

Y este hombre bueno cuyo único defecto es el de ser criado desde su niñez, criado de oficio y no por afición como él vé muchos en la alta sociedad en que trabaja, sufre el dolor inmenso de ver como su hijo Kolia al que con tanto esfuerzo y a expensas de tanta humillación trata de hacer un señorito instruido, nuevo Sacha Yegulev, arremete implacable contra él apostrofándole su profesión y su servilismo indeleble. Es tan duro este constante ataque, no exento de razón pero excesivamente duro, que no es extraño encontrar frases como estas: "Te dedicas a una ocupación baja e inútil", "Te humillas ante cualquier canalla con dinero, y por un rublo de propina estas dispuesto a lamerle...".

Y es su hijo el que las pronuncia. Con el sufrimiento moral consiguiente del padre en sacrificio.

Claro es que este Kolia con otros muchos Vasia, Illia, Alexis, Pavels, son el puntal mas firme que los ofendidos tienen en su defensa. Está imbuido de la idea reivindicadora y lucha con las energías de sus pocos años contra los principios de desigualdad humana, que su padre acepta sufriendo pero resignado con el fatalismo de su fé y creencia en Dios.

Solo a fuerza de estas frases terriblemente irrespetuosas y violentas, co-

no lanzadas por un corazón joven y fogoso, dominado por un ideal de un orden justo, llega el viejo Skorodov, entusiasta de Tolstoi, narrador único de verdades para él, en medio de su incultura y de su constante doblar espinazo, a pensar en la verdad: "Todo esto me hace pensar que acaso Kolia tenga razón cuando truena contra el orden reinante. ¿Donde está la verdad? No la veo. Desde luego no es alrededor de las mesas ricamente servidas donde se la puede encontrar. Alrededor de tales mesas solo veo gente que come, bebe y hace locuras.

Entre padre e hijo se establece la lucha de dos generaciones completamente o puestas. Las dos trabajan pero la segunda rompe con la tradición del temor a los de arriba y pugna por arrastrar a la primera a su verdad.

"Mañana cuando hable usted con él, procure conservar su dignidad. ¡Está usted tan acostumbrado a humillarse!".

Esto le dice Kolia a su padre en ocasión de ser expulsado del liceo, por cantarles las verdades a los profesores.

Y aquél, frente al director, claudica una vez mas, como enérgicamente reacciona Kolia.

Y aun trata éste de excitar mas a su padre a rebelarse contra sus explotadores, pero inutilmente.

A partir de un accidente desagradable ocurrido en su casa, un huésped escribiendo en un puesto de policía que tras de proporcionarles disgustos acaba ahorcándose, el viejo servidor asiste a la par que a la disminución de sus energías menguadas al truncamiento de todas sus mas nobles aspiraciones, una tras otra. El sueño que alimentara un día de ser propietario de una pequeña casa, se eclipsa en una operación de bolsa, en la que no entiende y se mete aconsejado por un amigo falso y falaz. Su hijo es expulsado, meses antes de terminar los estudios, del liceo. Mas tarde, encarcelado y desterrado, consigue escapar para ser causa indirecta de la expulsión de su padre del restaurant, y de la muerte de su madre. Pero no cesan aquí los sufrimientos y torturas morales de este hombre. Su hija Natacha, educada en un colegio distinguido, sufriendo el escar-

nio de sus compañeras todas de la elite que la recriminan por su aspecto de mendigo, se avergüenza de la profesión indecorosa (?) de su padre. La oculta en el liceo y ante sus amistades. ¿Qué mayor pena para un padre que ésta?. Una falta de comprensión por parte de ella de un lado; de sus padres por otro, hace que la cohesión familiar se quiebre en sus mutuas relaciones. No hay confianzas, ni muestras de ternura tan necesarias para crear el ambiente del hogar. Ella siente el deseo imperioso de vivir fuera y buscar lo que sin duda no encuentra al calor de la familia.

"Si el que le dió el ser tirara el dinero con sus queridas, en los muelles gabinetes reservados -que él conoce tan bien, así como las escenas que en ellos tienen lugar- no se avergonzaría de él", piensa su padre. He aquí a lo que conduce la instrucción, según él.

Casi simultaneamente a la detención de Kolia, Natacha deja en manos de un oficial algo querido. Nuevo disgusto que ahonda la depresión de una familia perseguida por un destino cruel.

Mas tarde, acabados sus estudios, entra como cajera en unos grandes almacenes. Confirmando las sospechas de un padre atormentado que vé con angustia los peligros que rodean a su hija, dotada de un temperamento soberbio e independiente que se interpone entre ellos, Natacha después de varias crisis se hace la querida del gerente del almacén. Es joven y quiere vivir. No se encuentra fea del todo y los consejos de su padre que no profundizan lo que debieran.

Nueva desazón y nueva claudicación del símbolo de una generación pasada que comprende un poco tarde a sus hijos. Accede a ello confiado en que los lazos matrimoniales restablecerán su sosiego algún día.

Rota totalmente la familia, muerta la madre, desterrado el hijo, alejada Natacha, transcurre su vida en una variedad terriblemente dolorosa. Solo Cherepagin huésped de los buenos tiempos, trombonista de profesión, y enamorado de Natacha hasta el entontecimiento, le permanece fiel hasta que su cerebro se sume en la niebla hundiendo definitivamente

te en una casa de orates.

El fatalismo exorbitado hace su aparición nuevamente. "El Camarero" pensando en un antiguo amigo, maestro de escuela, cree que no tiene derecho a quejarse; hay seres mas desgraciados aún que él. Está, ahora, sin embargo, plenamente vencido de que la vida está mal organizada.

Kolia, apresado y posiblemente condenado a muerte, escapa. Un viejecito dueño de un comercio de ropas usadas lo salva de los cosacos. "Vete y que Dios te protega...", le dice al devolverle la libertad. Skomomojov visita al viejo. De palabras de oro, califica las de éste:

"Hay que dejarse guiar por Dios. Es el modo de no desviarse del buen camino. Sin Dios no somos nada".

"Claro. Pero sin personas honradas no se podría vivir".

A lo que el viejecito contesta:

"Las personas honradas son a su vez, guiadas por Dios. Lo llevan en el corazón".

Estas palabras lo identifican con otra conciencia que responde a su generación. De nada ha servido el empeño y la vehemencia de su querido Kolia.

Y se incorpora gastado y dolorido, a su trabajo, restablecido en él por las gestiones del sindicato creado a fuerza de tesón y de gentes batalladoras como su pequeño compañero Ikorkin, propugnador incansable de la unión en defensa de los intereses comunes.

Su único consuelo es su nieta Julia. Natacha, por fin, rompe con el gerente y renueva su trabajo como cajera en el almacén.

El no comprende bien la organización en sindicatos, pero se dá cuenta de que así es únicamente como se puede luchar en mejores condiciones.

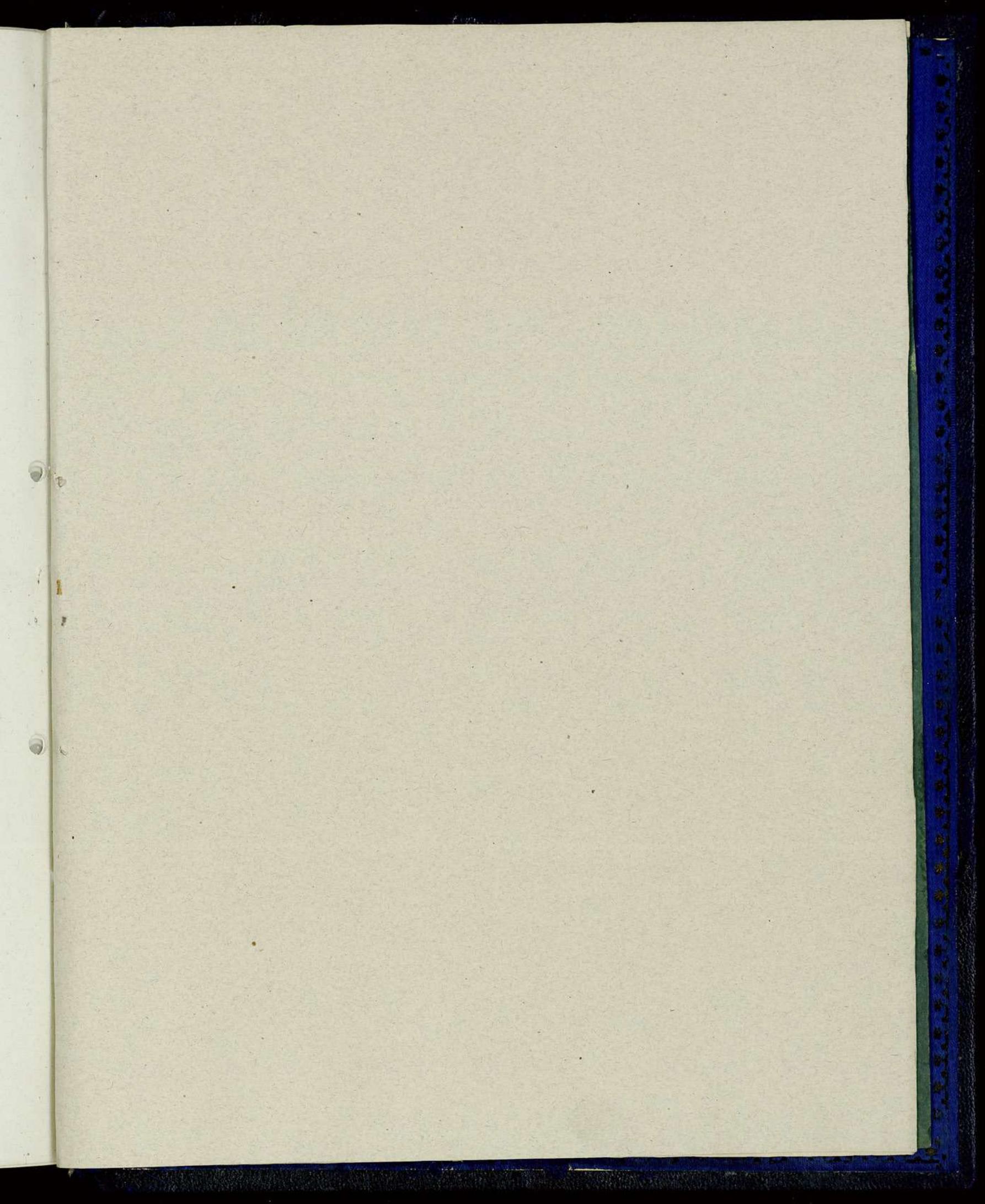
Reemprende su etapa con la resignación cristiana que encierran estas palabras: "Hay que someterse a la voluntad de Dios", "No tengo derecho a discutir. No discuto."

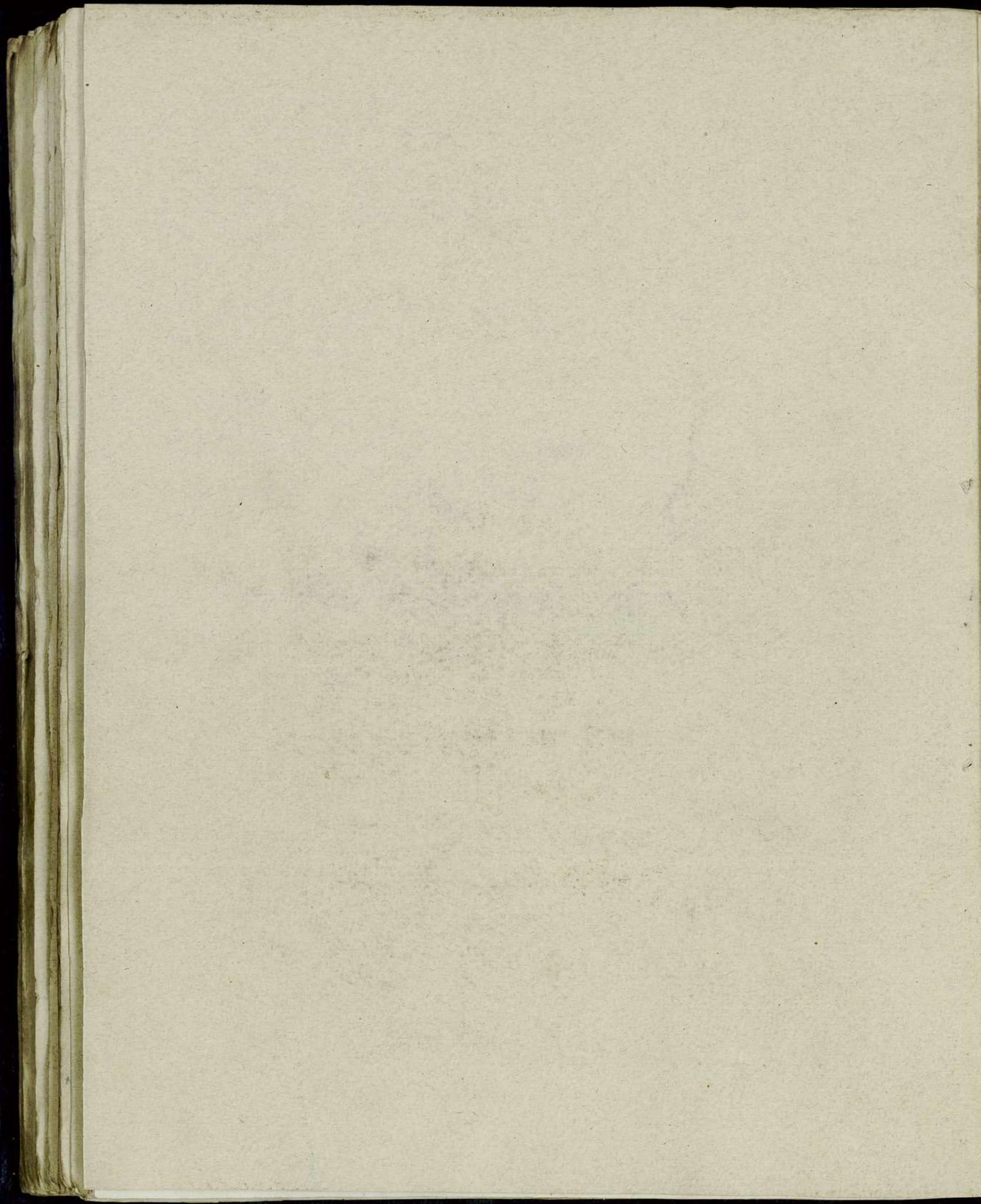
Indudablemente esta ceguera, exagerada a mi modo de ver, no tiene otro objeto que buscar el contraste, y despertarse al vaje gesto de rebeldía contra una cerri

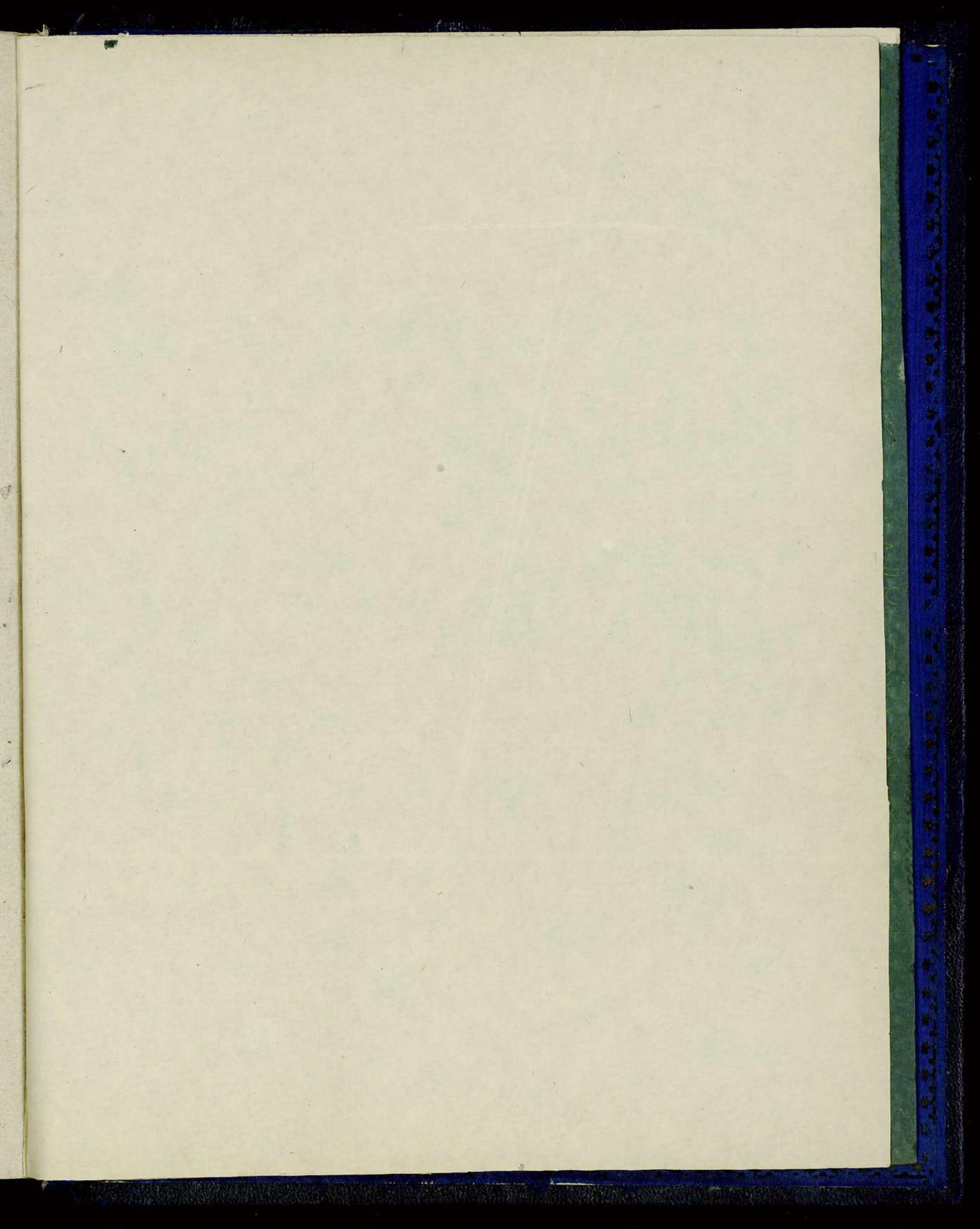
lidad tal que lleva al viejo Skoromojov a solicitar constantemente de su hijo , y cada vez que se produce una crisis en la continuidad normal de su vida que claudique en su concepto límpido de la

dignidad humana frente a sus calumniadores, explotadores y perseguidores en demanda de un perdón precisamente por ser calumniado, explotado y perseguido

J. ROMEO.







Cerman's regard

